





**ENTREVISTA
CON LA HISTORIA**





ORIANA
FALLACI

ENTREVISTA
CON LA
HISTORIA

Fallaci, Oriana

Entrevista con la historia. - 1a ed. - Buenos Aires : El Ateneo, 2013.
704 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: María Cruz Pou y Antonio Samons
ISBN 978-950-02-0713-3

1. Ensayo Histórico. I. Pou, María Cruz, trad. II. Antonio Samons, trad.
CDD 909

Entrevista con la historia
Oriana Fallaci

Título original: *Intervista con la Storia*
Traducción: María Cruz Pou y Antonio Samons las nuevas entrevistas

© 1974-2013 RCS Libri S.p.A., Milan

Diseño de interiores: María Isabel Barutti
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para Argentina, Chile, Colombia, Uruguay,
Paraguay, Venezuela, Ecuador y Bolivia

© 2013, Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: mayo de 2013

ISBN 978-950-02-0713-3

Impreso en Verlap S.A.,
Comandante Spurr 653, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso del editor. Su infracción está penada por la leyes 11.723 y 25.446.

*A todos aquellos
que no gustan del poder*

y

*a la memoria
de mi madre,*

Tosca Fallaci,

y de mi compañero,

Alejandro Panagulis





Prólogo

Este libro no quiere ser más de lo que es: es decir, un testimonio directo sobre veintiséis personajes políticos de la historia contemporánea. No quiere prometer nada más de lo que promete ser: es decir, un documento a caballo entre el periodismo y la historia. Pero tampoco quiere presentarse como una simple recopilación de entrevistas para los que estudian el poder y el antipoder. Yo no me siento, ni lograré jamás sentirme, un frío registrador de lo que escucho y veo. Sobre toda experiencia profesional dejo jirones del alma, participo con aquel a quien escucho y veo como si la cosa me afectase personalmente o hubiese de tomar posición (y, en efecto, la tomo, siempre, sobre la base de una precisa selección moral), y ante los veintiséis personajes no me comporto con el desasimiento del anatomista o del cronista imperturbable. Me comporto oprimida por mil rabias y mil interrogantes que antes de acometerlos a ellos me acometieron a mí, y con la esperanza de comprender de qué modo, estando en el poder u oponiéndose a él, ellos determinan nuestro destino. Por ejemplo: ¿la historia está hecha por todos o por unos pocos? ¿Depende de mil leyes universales o solamente de algunos individuos?

Éste es un antiguo dilema que nadie ha resuelto ni resolverá nunca. Es también una vieja trampa en la que caer, y esto es peligrosísimo porque cada respuesta lleva consigo su contradicción. No por azar muchos responden con la componenda y sostienen que la historia está hecha por todos y por unos pocos que llegan al mando porque nacen en el momento justo y saben interpretarlo. Tal vez. Pero el que no se engaña respecto a la absurda tragedia de la vida acaba por seguir a Pascal cuando dice que, si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra; acaba por temer lo que teme Bertrand Russell cuando escribe: «No te preocupes. Lo que sucede en el mundo no depende de ti. Depende del señor Kruschew, del señor Mao Tse-tung, del señor Foster Dulles. Si ellos dicen “morid”, moriremos. Si dicen “vivid”, viviremos». No consigo aceptarlo. No consigo prescindir de la idea de que nuestra existencia dependa de unos pocos, de los hermosos sueños o de los caprichos de unos pocos, de la iniciativa o de la arbitrariedad de unos pocos. De estos pocos que, a través de las ideas,

los descubrimientos, las revoluciones, las guerras, tal vez de un simple gesto, el asesinato de un tirano, cambian el curso de las cosas y el destino de la mayoría.

Cierto que es una hipótesis atroz. Es un pensamiento que ofende porque, en tal caso, ¿qué somos nosotros? ¿Rebaños impotentes en manos de un pastor, ora noble, ora infame? ¿Material de relleno, hojas arrastradas por el viento? Y para negarlo abrazamos incluso las tesis de los marxistas según las cuales todo se resuelve con la lucha de clases; la-historia-la-hacen-los-pueblos-a-través-de-la-lucha-de-clases. Pero pronto se da uno cuenta de que la realidad cotidiana también a ellos los desmiente, no se tarda en objetar que sin Marx no existiría el marxismo (nadie puede demostrar que si Marx no hubiese nacido o no hubiera escrito El capital, John Smith o Mario Rossi no lo habrían escrito). Y, desconsolado, uno concluye que son pocos los que, en lugar de un cambio, dan otro, que son pocos los que en lugar de hacernos tomar un camino nos hacen tomar otro, y que son pocos los que paren ideas, descubrimientos, revoluciones, guerras y matan tiranos. Entonces, más desconsolado aún, uno se pregunta cómo son esos pocos: ¿más inteligentes que nosotros, más fuertes que nosotros, más iluminados que nosotros, más emprendedores que nosotros? ¿O bien individuos como nosotros, ni mejores ni peores que nosotros, criaturas cualesquiera que no merecen nuestra cólera, nuestra admiración o nuestra envidia?

La pregunta se extiende al pasado, más bien a un pasado remoto del que conocemos sólo lo que nos han impuesto, para que, obedientes, lo aprendiésemos en la escuela. ¿Quién nos asegura que en la escuela no nos han enseñado mentiras? ¿Quién nos aporta pruebas capaces de demostrar la verdadera naturaleza de Jerjes, de Julio César o de Espartaco? Lo sabemos todo sobre sus batallas y nada sobre su dimensión humana, sus debilidades o sus mentiras o, por ejemplo, sobre sus chirridos intelectuales o morales. No tenemos un solo documento del que resulte que Vercingétorix fuera un bribón. Ignoramos si Jesucristo fue alto o bajo, rubio o moreno, culto o sencillo, si dijo las cosas que afirman san Lucas, san Mateo, san Marcos y san Juan. ¡Ah! ¡Si alguien lo hubiese entrevistado con un magnetófono para conservar su voz, sus ideas, sus palabras! ¡Si alguien hubiese taquigrafiado lo que Juana de Arco dijo en el proceso antes de subir a la pira! ¡Ah, si alguien hubiese interrogado con un tomavistas a Cromwell y a Napoleón! No me fío de las crónicas transmitidas de oído, de los relatos redactados demasiado tarde y sin posibilidad de pruebas. La historia de ayer es una novela llena de hechos que nadie puede controlar, de juicios a los que nadie puede replicar.

La historia de hoy, no. Porque la historia de hoy se escribe en el mismo instante de su acontecer, se puede fotografiar, filmar, grabar en cinta, como las entrevistas con los pocos que controlan el mundo y cambian su curso. Se la puede difundir en seguida, desde la prensa, la radio, la televisión. Se puede interpretar y discutir

en caliente. Amo el periodismo por esto. Temo al periodismo por esto. ¿Qué otro oficio permite a uno vivir la historia en el instante mismo de su devenir y también ser un testimonio directo? El periodismo es un privilegio extraordinario y terrible; no es raro, si se es consciente, debatirse en mil complejos de ineptitud. No es raro, cuando me encuentro ante un acontecimiento o un encuentro importante, que sienta como una angustia, el miedo de no tener bastantes ojos, bastantes oídos y bastante cerebro para ver y oír y comprender, como una carcoma infiltrada en la madera de la historia. No exagero cuando digo que en cada experiencia profesional dejo jirones del alma. No me es fácil decir para mis adentros: no es necesario ser Herodoto; por mal que vaya aportaré una piedrecita útil para componer el mosaico, daré informaciones útiles para hacer pensar a la gente. Y si se equivoca, paciencia.

Mi libro nace así, en el espacio de siete años: aquellos en los que hice las veintisiete entrevistas para mi periódico, «L'Europeo». Y en los personajes que muestro me guió la misma intención: buscar, junto a la noticia, una respuesta a la pregunta en-qué-son-distintos-de-nosotros. Encontrarlo, que quede claro, fue una empresa extenuante. A la solicitud de una cita, oponían casi siempre helados silencios o negativas (en efecto, los veintiséis del libro no son los únicos a quienes intenté entrevistar), y si luego respondían con un sí, había que esperar meses para que me concedieran una hora o media hora. Sin embargo, una vez allí era un juego tocar la verdad y descubrir que ni siquiera un criterio selectivo justificaba su poder: quien determina nuestro destino no es realmente mejor que nosotros, no es más inteligente, ni más fuerte, ni más iluminado que nosotros. En todo caso, es más emprendedor, más ambicioso. Sólo en rarísimas circunstancias tuve la certeza de encontrarme ante criaturas nacidas para guiarnos o para hacernos tomar un camino en lugar de otro. Pero esos casos eran los de hombres que no se hallaban en el poder: es más, lo habían combatido y lo combatían con el riesgo de su propia vida. En cuanto se refiere a aquellos que de un modo u otro me gustaron o me sedujeron, ha llegado el momento de confesarlo, mi cerebro mantiene una especie de reserva, y mi corazón, cierta insatisfacción. En el fondo me disgustaba que estuviesen sentados en el vértice de una pirámide. No consiguiendo creerles como hubiese querido, no podía juzgarlos inocentes. Y, menos aún, compañeros de ruta.

Quizás porque no comprendo el poder, el mecanismo por el cual un hombre o mujer se sienten investidos o se ven investidos del derecho de mandar sobre los demás y de castigarlos si no obedecen. Venga de un soberano despótico o de un presidente electo, de un general asesino o de un líder venerado, veo el poder como un fenómeno inhumano y odioso. Me equivocaré, pero el paraíso terrenal no acabó el día en que Adán y Eva fueron informados por Dios de que en adelante trabajarían con sudor y parirían con dolor. Terminó el día en que repararon en

la existencia de un amo que les prohibía comer una manzana y, expulsados por una manzana, se pusieron al frente de una tribu y se les prohibió incluso comer carne el viernes. De acuerdo: para vivir en grupo es necesaria una autoridad que gobierne; si no, es el caos. Pero éste me parece el aspecto más trágico de la condición humana: tener necesidad de una autoridad que gobierne, de un jefe; la única cosa segura es que no se lo puede controlar y que mata tu libertad. Peor: es la más amarga demostración de que la libertad no existe en absoluto, no ha existido nunca y no puede existir. Aunque hay que comportarse como si existiera y buscarla. Cueste lo que costare.

Creo mi deber advertir al lector que estoy convencida de esto y del hecho de que las manzanas nacen para ser tomadas, que la carne se puede comer incluso en viernes. Creo también mi deber recordarle que, en la misma medida en que no comprendo el poder, comprendo a quien se opone al poder, quien censura el poder, quien replica al poder, sobre todo a quien se rebela contra el poder impuesto por la brutalidad. La desobediencia hacia los prepotentes la he considerado siempre como el único modo de usar el milagro de haber nacido. El silencio de los que no reaccionan, e incluso aplauden, lo he considerado siempre como la muerte verdadera de una mujer o de un hombre. Y oídme: el más bello monumento a la dignidad humana es el que vi sobre una colina del Peloponeso, junto con mi compañero, Alejandro Panagulis, el día en que me llevó a conocer a unos cuantos miembros de la resistencia. Era el verano de 1975 y Papadopoulos estaba todavía en el poder. No era una estatua ni tampoco una bandera, sino tres letras: OXI, que en griego significa NO. Hombres sedientos de libertad la habían escrito entre los árboles durante la ocupación nazifascista y, durante treinta años, aquel NO había estado allí, sin desteñirse con la lluvia o el sol. Después, los coroneles lo hicieron borrar con una capa de cal. Pero en seguida, casi por sortilegio, la lluvia y el sol disolvieron la cal. Así que, día tras día, el NO reaparecía, terco, desesperado, indeleble.

Este libro no pretende ser nada más de lo que es. No quiere prometer nada más de lo que promete, es decir, un testimonio directo que procede de una treintena de personajes de la historia contemporánea, dotado, cada uno, de su propio significado simbólico. Lo cierto es que al reimprimir el libro en esta nueva edición, mucho más rica que la precedente, no he querido reconstruir ninguna de las entrevistas, y he modificado las presentaciones sólo mínimamente: limitándome, en algunos casos, a alterar los tiempos verbales, es decir, poniendo en indefinido o en pretérito perfecto los verbos que antes figuraban en presente. Igual principio he seguido en cuanto al aditamento de diez de las más importantes entrevistas que llevé a cabo después de la aparición del libro: la de Giulio Andreotti; la de Giorgio Amendola; la del arzobispo Makarios; la del jefe de la CIA, William Colby; la

de su adversario, Otis Pike; la de Santiago Carrillo; la de Álvaro Cunhal; las de Mário Soares y la que mantuve con Yamani. Como es obvio, el juicio que un encuentro o un personaje nos ha merecido va haciéndose más amplio y profundo con los años. Pero, de haber yo sucumbido a la tentación de comentarlos conforme a la visual del Tiempo, habrían perdido su valor de documentos cristalizados en el instante en que los vi y los presenté: su carácter de inmediatos se hubiese visto alterado cual una fotografía que se somete a retoques. Sólo en el caso de la entrevista con Alejandro Panagulis, que emblemáticamente cierra el libro, he juzgado oportuno añadir un amplio retazo que da cuenta de lo que fue de él. Los motivos no son sentimentales, es decir, que no obedecen al hecho de que Alekos llegase a ser mi compañero en la vida, también en lo moral. Murió víctima del mismo Poder que este libro denuncia, condena y odia. Lo que he intentado decir con esta obra mía debe, pues, y a mayor razón después del asesinato de Alejandro Panagulis, ser leído teniendo presente ese NO que reaparece terco, desesperado, indeleble, entre los árboles de una colina del Peloponeso.

Junio de 1977

ORIANA FALLACI



Henry Kissinger

Este hombre tan famoso, tan importante, tan afortunado, a quien llamaban Superman, Superstar, Superkraut, que lograba paradójicas alianzas y conseguía acuerdos imposibles, tenía al mundo con el alma en vilo, como si el mundo fuese su alumnado de Harvard. Este personaje increíble, inescrutable, absurdo en el fondo, que se encontraba con Mao Tse-tung cuando quería, entraba en el Kremlin cuando le parecía, despertaba al presidente de los Estados Unidos y entraba en su habitación cuando lo creía oportuno, este cuarentón con gafas ante el cual James Bond queda convertido en una ficción sin alicientes, que no dispara, no da puñetazos, no salta del automóvil en marcha como James Bond, pero aconsejaba guerras, terminaba guerras, pretendía cambiar nuestro destino e incluso lo cambiaba. En resumen, ¿quién es Henry Kissinger?

Se han escrito libros sobre él como se escriben sobre las grandes figuras absorbidas ya por la Historia. Libros como el que ilustra sobre su formación político-cultural: *Kissinger y el uso del poder*, debido a la admiración de un colega de la universidad; libros como el que canta sus dotes de seductor: *Querido Kissinger*, debido al amor no correspondido de una periodista francesa. Con su colega de la universidad no ha querido hablar nunca. Con la periodista francesa no ha querido acostarse jamás. Alude a ambos con una mueca de desprecio y liquida a los dos con un despectivo ademán de su gruesa mano: «No comprenden nada». «No es cierto nada». Su biografía es objeto de investigaciones rayanas en el culto. Se sabe todo: que nació en Furth, Alemania, en 1923, hijo de Luis Kissinger, profesor de una escuela secundaria, y de Paula Kissinger, ama de casa. Se sabe que su familia es hebrea, que catorce de sus parientes murieron en campos de concentración, que con su padre, su madre y su hermano Walter huyó a Londres en 1938 y después a Nueva York; que tenía en aquel tiempo quince años y se llamaba Heinz, no Henry, y no sabía una palabra de inglés. Pero lo aprendió muy pronto. Mientras

el padre trabajaba en una oficina postal y la madre abría un negocio de pastelería, estudió lo bastante para ser admitido en Harvard y obtener la licenciatura por unanimidad con una tesis sobre Spengler, Toynbee y Kant, y convertirse en profesor. Se sabe que a los veintiún años fue soldado en Alemania, donde estuvo en un grupo de GI seleccionados por un test, considerados inteligentes hasta rozar el genio. Que por esto, y a pesar de su juventud, le encargaron la organización del gobierno de Krefeld, una ciudad alemana que había quedado sin gobernantes. De hecho, en Krefeld aflora su pasión por la política, pasión que apagaría convirtiéndose en consejero de Kennedy, de Johnson y, después, en asistente de Nixon. No por azar se le consideraba el segundo hombre más poderoso de los Estados Unidos, aunque algunos sostienen que era bastante más, como lo demostraba el chiste que circulaba por Washington en la época de mi entrevista: «Imagina lo que sucedería si muriese Henry Kissinger: Richard Nixon se convertiría en presidente de los Estados Unidos».

Lo llamaban la nodriza mental de Nixon. Para él y para Nixon habían acuñado un apellido malicioso y revelador: Nixinger. El presidente no podía prescindir de él. Lo quería siempre cerca: en cada viaje, en cada ceremonia, en cada cena oficial, en cada período de descanso. Y sobre todo, en cada decisión. Si Nixon decidía ir a Pekín, llenando de estupor a la derecha y a la izquierda, era Kissinger quien le había metido en la cabeza la idea de ir a Pekín. Si Nixon decidía trasladarse a Moscú, confundiendo a Oriente y a Occidente, era Kissinger quien le había sugerido el viaje a Moscú. Si Nixon decidía pactar con Hanoi y abandonar a Thieu, era Kissinger quien lo había llevado a dar ese paso. Su casa era la Casa Blanca. Cuando no estaba de viaje haciendo de embajador, de agente secreto, de ministro del Exterior, el negociante entraba en la Casa Blanca al amanecer y salía ya de noche. A la Casa Blanca llevaba a lavar sus mudas, envueltas despreocupadamente en paquetes de papel que no se sabía dónde iban a parar. (¿A la lavandería privada del presidente?). En la Casa Blanca comía a menudo. No dormía allí porque no hubiera podido llevar mujeres. Divorciado desde hacía nueve años, había hecho de sus aventuras galantes un mito que alimentaba con cuidado aunque muchos no crean ni la mitad. Actrices, figurantas, cantantes, modelos, periodistas, bailarinas, millonarias. Se decía que todas le gustaban. Pero los escépticos replicaban que no le gustaba ninguna: se comportaba así por juego, consciente de que eso multiplicaba su encanto, su popularidad y sus fotografías en los semanarios. En ese sentido, era también el hombre más comentado en los Estados Unidos, y el que estaba más de moda.

Eran moda sus gafas de miope, sus rizos de hebreo, sus trajes grises con corbata azul, su falso caminar de ingenuo que ha descubierto el placer.

Por eso, el hombre seguía siendo un misterio, como su éxito sin parangón. Y la razón de ese misterio era que acercarse a él y comprenderlo resultaba difícilísimo; no concedía entrevistas individuales, hablaba sólo en las ruedas de prensa acordadas por la presidencia. Y yo, lo juro, aún no he comprendido por qué aceptó verme apenas tres días después de haber recibido una carta mía sobre la que no me hacía ilusiones. Dijo que era por mi entrevista con el general Giap, hecha en Hanoi, en febrero del sesenta y nueve. Tal vez. Pero subsiste el hecho de que después del extraordinario «sí», cambió de idea y aceptó verme con una condición: no decirme nada. Durante el encuentro hablaría sólo yo y de lo que dijera dependería que me concediera o no la entrevista, suponiendo que tuviera tiempo para ello. Nos encontramos en la Casa Blanca el jueves 2 de noviembre de 1972. Lo vi llegar apresurado, sin sonreír y me dijo: «Good morning, miss Fallaci». Después, siempre sin sonreír, me hizo entrar en su estudio, elegante, lleno de libros, teléfonos, papeles, cuadros abstractos, fotografías de Nixon. Allí me olvidó y se puso a leer, vuelto de espaldas, un extenso escrito mecanografiado. Era un tanto embarazoso estar allí, en medio de la estancia, mientras él leía, dándome la espalda. Era incluso tonto e ingenuo por su parte. Pero me permitió estudiarlo antes de que él me estudiase a mí. Y no sólo para descubrir que no es seductor, tan bajo y robusto y prensado por aquel cabezón de carnero, sino para descubrir que ni siquiera es desenvuelto ni está seguro de sí. Antes de enfrentarse a alguien necesita tomarse su tiempo y protegerse con su autoridad. Fenómeno frecuente en los tímidos que intentan ocultar su timidez y que, en este empeño, acaban por parecer descorteses. O serlo de verdad.

Terminada la lectura, meticulosa y atenta a juzgar por el tiempo empleado, se volvió por fin hacia mí y me invitó a sentarme en el diván. Después se sentó en el sillón de al lado, más alto que el diván, y en esta posición estratégica, de privilegio, empezó a interrogarme con el tono de un profesor que examina a un alumno del que desconfía un poco. Recuerdo que se parecía a mi profesor de Matemática y Física en el Instituto Galileo de Florencia: un tipo al que odiaba porque se divertía asustándome, con la mirada irónica, fija en mí, a través de las gafas. De aquel profesor, tenía hasta la voz de barítono más bien gutural y la manera de apoyarse en el respaldo del sillón ciñéndolo con el brazo derecho; el gesto de cruzar las gruesas piernas mientras la chaqueta

tiraba sobre el hinchado vientre y amenazaba con hacer saltar los botones. Si pretendía ponerme incómoda, lo consiguió perfectamente. La pesadilla de mis días escolares era tan viva, que a cada pregunta suya pensaba: «¿Sabré contestar? Porque, si no, me suspenderá». La primera pregunta fue sobre el general Giap: «Como le he dicho ya, no concedo nunca entrevistas individuales. La razón por la cual me dispongo a considerar la posibilidad de concederle una a usted es porque he leído su entrevista con Giap. Very interesting. Muy interesante. ¿Qué clase de individuo es Giap?». Lo preguntó con el aire de quien tiene muy poco tiempo disponible, lo que me obligó a resumir con una frase efectista. Y contesté: «Un esnob francés, en apariencia. Jovial y arrogante al mismo tiempo, pero, en el fondo, aburrido como un día de lluvia. Más que una entrevista, aquello fue una conferencia. Y no me entusiasmó. Sin embargo, todo lo que me dijo resultó exacto».

Minimizar a los ojos de un norteamericano el personaje de Giap es casi un insulto; todos están un poco enamorados de él como lo estuvieron de Rommel. La expresión «esnob francés» lo dejó perplejo. Tal vez no la comprendió. La revelación de que era «aburrido como un día de lluvia», lo turbó: sabe que sufre también este estigma de tipo aburrido y por un par de veces su mirada azul relampagueó de modo hostil. Pero lo que realmente le afectó fue que yo diese crédito a Giap al haberme previsto cosas exactas. Me interrumpió: «¿Exactas, por qué?». «Porque Giap había anunciado en 1969 lo que sucedería en 1972», repliqué. «¿Por ejemplo?». «Por ejemplo, el hecho de que los norteamericanos se retirarían poco a poco y después abandonarían aquella guerra que les costaba siempre demasiado dinero, y que amenazaba con llevarlos al borde de la inflación». La mirada azul relampagueó de nuevo. «¿Y cuál fue, a su parecer, la cosa más importante que le dijo Giap?». «El no haber reconocido, en sustancia, la ofensiva del Tet, atribuyéndola únicamente a los vietcong». Esta vez no hizo comentarios. Sólo preguntó: «¿Considera que la iniciativa partió de los vietcong?». «Tal vez sí, doctor Kissinger. Todos saben que a Giap le gustan las ofensivas con carros armados, a lo Rommel. De hecho, la ofensiva de Pascua la hizo a lo Rommel y...». «¡Pero la perdió!». «¿La perdió?», le rebatí. «¿Qué le hace pensar que no la haya perdido?». «El hecho de que haya aceptado un acuerdo que a Thieu no le gusta, doctor Kissinger». Y, tratando de arrancarle alguna noticia, añadí en tono distraído: «Thieu no cederá nunca». Cayó en la trampa y repuso: «Cederá. Debe hacerlo». Después, terreno minado, se concentró en Thieu. Me preguntó qué pensaba de Thieu. Le dije que nunca me

había gustado. «¿Y por qué nunca le ha gustado?». «Doctor Kissinger, lo sabe mejor que yo. Usted se ha fatigado tres días con Thieu, más bien cuatro». Esto le arrancó un suspiro de asentimiento y una mueca, que, al recordarla, asombra. Pero en este primer encuentro, no sé por qué, se controló poco. Cuando yo decía algo contra Thieu, asentía o suspiraba ligeramente, o sonreía con complicidad.

Después de Thieu, me preguntó sobre Cao Ky y Do Cao Tri. Del primero dijo que era débil y que hablaba demasiado. Del segundo, que lamentaba no haberlo conocido: «¿Era, de veras, un gran general?». «Sí —le confirmé—; un gran general y un general valiente: el único general que he visto marchar en primera línea y en combate. Por esto, supongo, lo asesinaron». Fingió estupor. «¿Lo asesinaron? ¿Quién?». «Desde luego no los vietcong, doctor Kissinger. El helicóptero no cayó tocado por un mortero, sino porque alguien había manipulado los mandos. Y seguro que Thieu no lamentó este crimen, ni Cao Ky tampoco. Se estaba creando una leyenda en torno a Do Cao Tri y hablaba muy mal de Thieu y Ky. Incluso durante mi entrevista, los atacó sin piedad». Esto lo turbó más que el hecho de que, más tarde, criticase al ejército sudvietnamita. Esto sucedió al preguntarme qué había visto la última vez que estuve en Saigón, y yo le contesté que había visto un ejército que no valía un pimiento, y su rostro asumió una expresión perpleja. Sospechando que fingía, bromeé: «Doctor Kissinger, no me diga que me necesita para enterarse de estas cosas. ¡Usted que es la persona más informada del mundo!». Pero no captó la ironía y continuó el interrogatorio como si de mis opiniones dependiera la suerte del cosmos, o como si él no pudiese vivir sin ellas. Sabe adular con diabólica e hipócrita delicadeza. ¿O debo decir diplomacia?

Al decimoquinto minuto del coloquio, cuando me hubiese dado de bofetadas por haber aceptado aquella absurda entrevista por aquel a quien quería entrevistar, olvidó un poco Vietnam y, en el tono del reportero interesado, me preguntó cuáles habían sido los jefes de Estado que más me habían impresionado. (El verbo impresionar le gusta). Resignada, le hice la lista. Sobre todo estuvo de acuerdo con Bhutto: «Muy inteligente, muy brillante». No lo estuvo con respecto a Indira Ghandi: «¿De veras le gustó Indira Ghandi?!». Como si quisiera justificar la desgraciada elección que había sugerido a Nixon durante el conflicto indopakistaní, cuando se declaró a favor de los pakistaníes que perdieron la guerra y contra los hindúes, que la ganaron. De otro jefe de Estado, del cual yo había dicho que no me parecía excesivamente inteligente, pero me había

gustado mucho, dijo: «La inteligencia no sirve para ser jefe de Estado. Lo que cuenta en un jefe de Estado es la fuerza. El valor, la astucia y la fuerza». Considero esta frase la más interesante que me haya dicho, con o sin magnetófono. Ilustra su tipo, su personalidad. El hombre ama la fuerza por encima de todo. El valor, la astucia, la fuerza. La inteligencia le interesa bastante menos, aunque posea tanta como todos afirman. (Pero ¿se trata de inteligencia o de erudición y astucia? A mi entender, la inteligencia que cuenta es la que nace de la comprensión de los hombres. Y no diría que tal inteligencia la tuviera él. Así, sobre este tema debería hacerse un estudio un poco más profundo. Admito que vale la pena).

El último capítulo del examen, se inició con la pregunta que menos esperaba: «¿Qué piensa que sucederá en Vietnam con el alto el fuego?». Pillada de improviso, dije la verdad. Dije que lo había escrito en mi correspondencia, recientemente publicada: vendría un baño de sangre por los dos lados. «Y el primero en empezar será su amigo Thieu». Se me echó encima, casi ofendido: «¿Amigo mío?». «Bueno, digamos Thieu». «¿Y por qué?». «Porque incluso antes que los vietcong inicien sus matanzas, él hará una carnicería en las cárceles y en las penitenciarías. No habrá muchos neutralistas ni muchos vietcong en el gobierno provisional después del alto el fuego...». Arrugó la frente, estuvo un momento callado y por fin dijo: «También usted cree en el baño de sangre... ¡pero habrá supervisores internacionales!». «Doctor Kissinger, también en Dacca estaban los hindúes y no consiguieron impedir las matanzas de Mukti Bahini a expensas de los bihari». «Ya, ya. Y si... ¿Y si retrasáramos el armisticio un año o dos?», repitió. Me hubiera cortado la lengua, hubiese llorado. Creo haber alzado hacia él dos ojos lúcidos: «Doctor Kissinger, no me cree la angustia de haberle metido en la cabeza una idea equivocada. Doctor Kissinger, la carnicería recíproca tendrá lugar de todos modos, hoy, dentro de un año o dentro de dos. Y si la guerra continúa todavía un año o dos años, a los muertos de aquella carnicería habrá que añadir los muertos por bombardeo o en combate. ¿Me explico? Diez y veinte son treinta. ¿Qué es mejor? ¿Diez o treinta muertos?». Esta historia me quitó el sueño dos noches y cuando volvimos a vernos para la entrevista se lo confesé. Pero me consoló diciendo que no me creara ningún complejo de culpabilidad, que mi cálculo era exacto, que eran mejor diez que treinta; incluso este episodio ilustra su tipo, su personalidad. Es un hombre que lo escucha todo, que lo registra todo, como una computadora. Y cuando parece que ha desechado una información ya antigua o no aprovechable, la hace reaparecer fresquísima y útil.

Al vigesimoquinto minuto aproximadamente, decidió que había aprobado el examen. Tal vez me hubiera concedido la entrevista. Pero había un punto que le preocupaba: yo era una mujer y precisamente con una mujer, la periodista francesa que había escrito *Dear Henry*, había tenido una experiencia desafortunada. ¿Y si yo, a pesar de todas mis buenas intenciones, lo colocaba también en una situación embarazosa? Entonces me enojé. Y desde luego no podía decirle lo que en aquel momento me quemaba los labios: que no tenía la menor intención de enamorarme de él ni de atormentarlo con una corte despiadada. Pero podía decirle otra cosa y se la dije: que no me colocara en la misma situación de 1968 en Saigón, en que a causa del papelito hecho por un italiano aprovechado, me vi obligada a abandonarme a audacias imbéciles. Que él comprendiera, en suma, que yo no era, en modo alguno, responsable del mal gusto de una señora que hacía mi mismo trabajo y que, por lo tanto, no debía pagar por ella. Si era necesario, saldría del asunto con un par de bofetadas. Convino en ello sin que le arrancase una sonrisa, y me anunció que había encontrado una hora en su jornada del sábado. Y a las diez del sábado, 4 de noviembre, estaría de nuevo en la Casa Blanca. A las diez y media entraba otra vez en su oficina para iniciar la entrevista quizá más incómoda de todas las que haya hecho. ¡Señor, qué pena! Cada diez minutos nos interrumpía el timbre del teléfono, y era Nixon que quería cualquier cosa, que preguntaba cualquier cosa, petulante, fastidioso, como un niño que no sabe estar lejos de mamá. Kissinger contestaba apresurada y obsequiosamente, y el diálogo conmigo se interrumpía haciendo aún más difícil el esfuerzo de comprenderlo medianamente. Después, justo en el mejor momento, cuando él me desvelaba la esencia inaprehensible de su personalidad, uno de los dos teléfonos sonó de nuevo. Era otra vez Nixon: ¿podía el doctor Kissinger entrevistarse un momento con él? Por supuesto, señor presidente. Se levantó, me pidió que esperara, que intentaría encontrar un poco de tiempo, salió, y aquí se acabó nuestro encuentro. Dos horas más tarde, mientras estaba aún esperando, el asistente Dick Campbell compareció muy confuso para decirme que el presidente salía hacia California y que el doctor Kissinger tenía que marcharse con él. No regresaría a Washington antes del martes por la noche, cuando ya hubiera empezado el escrutinio de votos, y dudaba razonablemente que en aquellos días pudiese terminar la entrevista. Si hubiese podido esperar hasta fines de noviembre, cuando el panorama estuviera ya despejado...

No podía esperar y no valía la pena. ¿De qué hubiese servido confirmar los perfiles de un retrato que ya poseía? Un retrato que nace de una confusión de líneas, de colores, de respuestas evasivas, de frases reticentes, de silencios irritantes. Sobre el Vietnam, es obvio que no podía añadir más y me sorprende que hubiera dicho tanto: que la guerra terminase o continuara no dependía sólo de él y no podía permitirse el lujo de comprometerlo todo con una palabra de más. Sobre sí mismo no existían estos problemas, pero, no obstante, cada vez que le dirigía una pregunta concreta, la esquivaba y se escurría como una anguila. Una anguila más fría que el hielo. ¡Cielos, qué hombre de hielo! En toda la entrevista no alteró nunca aquella voz monótona, triste, siempre igual. La aguja del registrador se desplaza cuando se pronuncia una palabra en un tono más alto o más bajo. Con él no se movió, y más de una vez hube de controlar el aparato: asegurarme de que el magnetófono funcionaba bien. ¿Conocéis el rumor obsesionante, martilleante, de la lluvia que cae sobre el tejado? Pues su voz es así. Y, en el fondo, también sus pensamientos, jamás perturbados por un deseo de fantasía, por un esbozo de audacia o por una tentación de error. Todo está calculado en él; como el vuelo de un avión conducido por el piloto automático. Pesa cada frase hasta el miligramo. No se le escapa nada que no quiera decir y lo que dice entra siempre en la mecánica de una utilidad. Le Duc Tho debe de haber sudado tinta en aquellos días y Thieu debe de haber sometido su astucia a una prueba durísima. Kissinger tiene los nervios y el cerebro de un jugador de ajedrez.

Claro está que hay cuestiones a considerar en otros aspectos de su personalidad: por ejemplo, el hecho de que sea inequívocamente hebreo e irremediabilmente alemán. Por ejemplo, el hecho de que, como hebreo y como alemán trasplantado a un país que aún mira con prevención a los hebreos y a los alemanes, arrastre un montón de problemas, contradicciones, resentimientos y tal vez una humanidad oculta. Sí, he dicho humanidad. A veces se encuentran tipos parecidos. Con un poco de esfuerzo, se pueden encontrar en Kissinger elementos del personaje que se enamora de Marlene Dietrich en *El ángel azul*. Y se pierde por ella. Su frívola persecución de mujeres le ha costado ya un matrimonio; tarde o temprano, dicen, perderá la cabeza por una de estas bellezas que se lo disputan sólo porque es tan famoso y garantiza la publicidad. Es posible. Desde mi punto de vista, es el típico héroe de una sociedad donde todo es posible: hasta que un tímido profesor de Harvard, habituado a escribir aburridísimos libros de historia y ensayos

sobre el control de la energía atómica, se convierta en una especie de divo que gobierna junto al presidente, una especie de playboy que regula las relaciones entre las grandes potencias e interrumpe las guerras, un enigma que intentamos descifrar sin advertir que, probablemente, no haya nada o casi nada que descifrar. Como siempre, cuando la aventura se viste de gris.

Publicada íntegra en el semanario «New Republic», reproducida en sus aspectos más importantes por los diarios de Washington, de Nueva York, y más tarde en casi todos los periódicos de los Estados Unidos, la entrevista con Kissinger levantó comentarios cuyas consecuencias me asombraron. Evidentemente había subvalorado al personaje y el interés que despertaba cada una de sus palabras. Evidentemente había minimizado la importancia de aquella interminable hora con él. Esto se transformó, de repente, en el tema del día. Y, rápidamente, comenzó a circular el rumor de que Nixon estaba furioso con Henry, que rehusaba incluso verlo, que era inútil que Henry le telefonease, le pidiese audiencia, fuera a buscarlo a la residencia de San Clemente. Las verjas de San Clemente estaban cerradas, la audiencia no se concedía y el teléfono no contestaba porque el presidente continuaba negándose. El presidente, entre otras cosas, no perdonaba a Henry lo que Henry me había dicho sobre la razón de su éxito: «La razón principal nace del hecho de haber actuado siempre solo. Esto les gusta mucho a los norteamericanos. Les gusta el cowboy que avanza solo sobre su caballo, el cowboy que entra solo en la ciudad, en el poblado, con su caballo y nada más...». También la prensa lo criticaba por esto.

La prensa siempre ha sido generosa con Kissinger, despiadada con Nixon. Pero, en este caso, los partidismos se alteraron y cada periodista había condenado la presunción, o por lo menos la imprudencia, de frases como éstas. ¿Cómo se atrevía Henry Kissinger a arrogarse el mérito de aquello que obtenía como enviado de Nixon? ¿Cómo se atrevía a relegar a Nixon al papel de espectador? ¿Dónde estaba el presidente de los Estados Unidos cuando el profesorcillo entraba en el pueblo para arreglar las cosas al estilo de Henry Fonda en las películas del Oeste? En los periódicos más crueles aparecieron viñetas en las que Kissinger, vestido de cowboy, cabalgaba hacia un «saloon». En otros, aparecía la fotografía de Henry Fonda con las espuelas y el sombrero característico, y la leyenda «Henry, el cowboy solitario». Exasperado, Kissinger se dejó

entrevistar por un cronista y dijo que haberme recibido era «la cosa más estúpida que había hecho en su vida». Declaró que yo había deformado sus respuestas, alterado sus ideas, inventado sus palabras, y lo hizo de modo tan grosero que me enfurecí más que Nixon y pasé al contraataque. Le envié un telegrama a París, donde estaba aquellos días, y en resumen le pregunté si era un hombre de honor o un payaso. Incluso lo amenacé con publicar la grabación de la entrevista. Que no olvidase el señor Kissinger que había sido registrada en cinta y que esta cinta estaba a disposición de todos para refrescarle la memoria y la corrección. Declaré lo mismo a «Time Magazine», a «Newsweek», a las estaciones de televisión de la CBS y de la NBC, y a quienquiera que vino a preguntarme sobre lo que estaba sucediendo. El litigio duró casi dos meses para desdicha de ambos y especialmente mía. No podía más de Henry Kissinger; su nombre bastaba para ponerme nerviosa. Lo detestaba hasta el punto de no llegar siquiera a darme cuenta de que el pobrecillo no había tenido otra elección que la de echarme la culpa a mí. Y, por supuesto, sería inexacto decir que en aquel período le deseé cualquier éxito o felicidad.

El hecho es que mis anatemas no tuvieron fuerza. Nixon dejó de ponerle mala cara a su Henry y los dos volvieron a arrullar como dos palomas. Su armisticio tuvo efecto. Los prisioneros norteamericanos volvieron a sus casas. Aquellos prisioneros que urgían tanto al señor presidente. Y la realidad de Vietnam se convirtió en una espera de la próxima guerra. Un año más tarde Kissinger era secretario de Estado, en lugar de Rogers. En Estocolmo, le dieron finalmente el premio Nobel de la Paz. Pobre Nobel. Pobre paz.

ORIANA FALLACI: Me pregunto lo que intenta en estos días, doctor Kissinger. Me pregunto si también usted se siente decepcionado como nosotros, como la mayor parte del mundo. ¿Está decepcionado?

HENRY KISSINGER: ¿Decepcionado? ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en estos días para que yo esté decepcionado?

Una cosa triste, doctor Kissinger: a pesar de que usted dijo que la paz estaba «al alcance de la mano» y pese a que se ha confirmado el acuerdo de paz con los norvietnamitas, la paz no llega. La guerra continúa como antes y peor que antes.

La paz llegará. Estamos decididos a hacerla y se hará. Dentro de pocas semanas o tal vez menos; en cuanto se reanuden las negociaciones con los norvietnamitas para el acuerdo definitivo. Así lo dije hace diez días y así lo repito. Sí, la paz llegará en un espacio de tiempo razonablemente corto, si Hanoi acepta otra reunión antes de firmarse el acuerdo, una reunión para determinar los detalles, si la acepta con el mismo espíritu y con la misma actitud que mantuvo en octubre. Estos «si» son la única incertidumbre de los últimos días. Pero es una incertidumbre que ni siquiera deseo considerar; usted es presa del pánico y en estas cosas no hay que dejarse atemorizar. Ni hay que ser impaciente. El hecho es que... En resumen: hace meses que hemos iniciado estas negociaciones, y ustedes, los periodistas, no nos han hecho caso. Han continuado diciendo que no desembocarían en nada. Luego, de improviso, se entusiasmaron con la paz ya hecha y ahora dicen que las negociaciones han fallado. De esta forma nos toman la temperatura cada día, cuatro veces al día. Pero la toman desde el punto de vista de Hanoi. Y... preste atención: yo comprendo el punto de vista de Hanoi. Los norvietnamitas querían que firmásemos el 31 de octubre, lo que era razonable e irrazonable al mismo tiempo y... No, no intento polemizar sobre esta cuestión.

¡Pero ustedes se habían comprometido a firmar el 31 de octubre!

Digo y repito que fueron ellos los que insistieron sobre esta fecha y que, para evitar una discusión abstracta sobre fechas, que en aquel momento parecían puramente teóricas, nos comprometimos a hacer todo lo posible para que las negociaciones terminaran antes del 31 de octubre. Pero siempre quedó claro, al menos para nosotros, que no podíamos firmar un acuerdo al que faltaba ultimar los detalles. No podíamos mantener una fecha sólo porque, de buena fe, habíamos prometido hacer todo lo posible por mantenerla. Así, ¿en qué punto estamos? En el punto en que los detalles están aún por determinar y es indispensable una nueva reunión. Ellos dicen que no es indispensable, que no es necesaria. Yo digo que es indispensable y que se hará. Se hará apenas los norvietnamitas me llamen a París. Pero estamos recién a 4 de noviembre, hoy es 4 de noviembre, y comprendo que los norvietnamitas no quieren reanudar las negociaciones tan pocos días después de la fecha en que habían solicitado firmar. Puedo comprender este aplazamiento. Pero no es concebible, al menos para

mí, que se nieguen a otra reunión. Y menos ahora que ya hemos recorrido el noventa por ciento del camino y estamos llegando a la meta. No, no estoy decepcionado. Lo estaré, desde luego, si Hanoi intenta romper el acuerdo, si rehúsa discutir cualquier modificación. Pero no puedo creerlo, no. Ni siquiera puedo sospechar que se haya llegado tan lejos para que todo se malogre por una cuestión de prestigio, de procedimiento, de fechas, de matiz.

Sin embargo, dan la impresión de mantenerse firmes en sus posiciones, doctor Kissinger. Han vuelto a utilizar un vocabulario duro, han hecho acusaciones fuertes, casi insultantes para usted...

Oh, esto no significa nada. Ha sucedido antes y nunca lo hemos tomado en cuenta. Yo diría que el vocabulario duro, las acusaciones fuertes e incluso los insultos quedan dentro de la normalidad. En esencia, no ha cambiado nada. Desde el martes 31 de octubre, o sea, desde el momento en que estamos en calma, ustedes continúan preguntándose si el enfermo está enfermo. Pero yo no veo ninguna enfermedad. Y mantengo que las cosas se resolverán, más o menos, como yo digo. La paz, repito, llegará dentro de pocas semanas, en cuanto se reanuden las negociaciones. No al cabo de muchos meses. Dentro de pocas semanas.

Pero ¿cuándo se reanudarán las negociaciones? Ésta es la cuestión.

Apenas Le Duc Tho lo desee. Estoy esperando. Pero sin inquietarme, se lo aseguro. Antes, entre encuentro y encuentro pasaban dos o tres semanas. No veo que ahora tengamos que preocuparnos porque pasen algunos días. La única razón del nerviosismo de todos ustedes es que la gente se pregunta: «¿Se reanudarán las negociaciones?». Cuando eran escépticos y no creían que se llegase a nada, nunca se daban cuenta de que pasaba el tiempo. Han sido ustedes demasiado pesimistas al principio, y demasiado optimistas después de mi conferencia de prensa, y ahora son otra vez demasiado pesimistas. No quieren meterse en la cabeza que todo está sucediendo tal como lo había pensado desde el momento en que dije que la paz estaba al alcance de la mano. Ahora hay que calcular un par de semanas, creo. Pero aunque fuesen más... Basta, no quiero hablar más del Vietnam. En este momento no puedo permitírmelo. Cada palabra que digo se

convierte en noticia. Tal vez a finales de noviembre... Oiga, ¿por qué no nos vemos a fines de noviembre?

Porque es más interesante ahora, doctor Kissinger. Porque Thieu, por ejemplo, le ha desafiado a hablar. Lea este recorte del «New York Times». Cita una frase de Thieu: «Pregúntenle a Kissinger cuáles son los puntos que nos separan, cuáles son los puntos que no acepto».

Déjeme leer... ¡Ah! No, no le contestaré. No tendré en cuenta esta invitación.

Ya ha contestado, doctor Kissinger. Ya ha dicho que el punto de fricción nace del hecho que, según el tratado aceptado por usted, las tropas norvietnamitas se quedarán en Vietnam del Sur. Doctor Kissinger, ¿cree que Norteamérica tendrá que firmar con Hanoi separadamente?

No me lo pregunte. Yo debo atenerme a lo que he dicho públicamente hace diez días... No puedo, no debo considerar una hipótesis que creo que no se verificará. Una hipótesis que no debe verificarse. Sólo puedo decirle que estamos decididos a firmar esta paz, y la firmaremos sea como fuere, en el mínimo de tiempo posible, después de haberme reunido de nuevo con Le Duc Tho. Thieu puede decir lo que quiera. Es asunto suyo.

Doctor Kissinger, si le pusiera un revólver en la sien y le obligara a elegir entre una cena con Thieu y una cena con Le Duc Tho..., ¿qué elegiría?

No puedo contestar a esa pregunta.

¿Y si le contestara yo diciendo: me gusta pensar que preferiría cenar con Le Duc Tho?

No puedo, no puedo..., no quiero contestar a esa pregunta.

¿Puede responder a esta otra? ¿Le ha gustado Le Duc Tho?

Sí. Me ha parecido un hombre muy dedicado a su causa, muy serio, muy firme, y siempre cortés y educado. A veces también muy duro, más bien difícil de tratar; pero ésto es algo que siempre he

respetado. Sí, respeto mucho a Le Duc Tho. Naturalmente, nuestra relación ha sido muy profesional, pero creo... creo haber advertido en él como una sombra de dulzura. Por ejemplo, hubo momentos en que conseguimos incluso bromear. Decíamos que un día yo iría a enseñar relaciones internacionales a la Universidad de Hanoi, y él vendría a enseñar marxismo-leninismo en la Universidad de Harvard. Bien, yo definiría nuestras relaciones como buenas.

¿Diría lo mismo con respecto a Thieu?

También tengo buenas relaciones con Thieu. Antes...

Ya, antes. Los sudvietnamitas han dicho que ustedes no se han saludado como los mejores amigos.

¿Qué han dicho?

Que no se han saludado como buenos amigos, repito. ¿Afirmaría lo contrario, doctor Kissinger?

Bueno... Es cierto que tenemos nuestros puntos de vista. Y no necesariamente los mismos puntos de vista. Por tanto, digamos que Thieu y yo nos hemos saludado como aliados.

Doctor Kissinger, se ha demostrado que Thieu es un hueso más duro de roer de lo que se creía. Sin embargo, en lo que respecta a Thieu, ¿cree haber hecho todo lo que era posible hacer, o espera todavía poder conseguir algo más? En resumen, ¿se siente optimista respecto al problema Thieu?

¡Claro que me siento optimista! Aún tengo algo que hacer. ¡Mucho que hacer! Aún no he terminado, ¡no hemos terminado! Y no me siento impotente. No me siento desalentado. En absoluto. Me siento preparado, confiado, optimista. Si no puedo hablar de Thieu, si no puedo contarle lo que estamos tratando en este momento, esto no significa que me apresure a perder la confianza en arreglar las cosas en el tiempo previsto. Por eso es inútil que Thieu les induzca, a ustedes los periodistas, a que me obliguen a detallar los puntos sobre los que no estamos de acuerdo. Es inútil, porque ni siquiera me pone nervioso esta pregunta. Además, no soy hombre que se deje llevar

por las emociones. Las emociones no sirven para nada. Y menos para obtener la paz.

Pero el que muere, el que está muriendo, tiene prisa, doctor Kissinger. En los periódicos de esta mañana aparecía una fotografía tremenda: la de un jovencísimo vietcong muerto dos días después del 31 de octubre. Y había una noticia tremenda: la de veintidós norteamericanos muertos en el helicóptero derribado por una granada vietcong tres días después del 31 de octubre. Y mientras usted condena la prisa, el Departamento de Defensa norteamericano envía nuevas armas y nuevas municiones a Thieu. Y Hanoi hace lo mismo.

Eso era inevitable. Sucede siempre antes de un alto el fuego. ¿No recuerda las maniobras que tuvieron efecto en Oriente Medio cuando se proclamó el alto el fuego? Duraron, por lo menos, dos años. Mire, el hecho de que nosotros mandemos nuevas armas a Saigón y que Hanoi mande otras armas a los norvietnamitas instalados en el sur, no significa nada. Nada. Nada. Y no me haga hablar más del Vietnam, por favor.

¿Tampoco quiere hablar de que, según lo que muchos piensan, el acuerdo aceptado por usted y por Nixon es prácticamente un acta de rendición a Hanoi?

¡Esto es un absurdo! Es un absurdo decir que el presidente Nixon, un presidente que ante la Unión Soviética y la China comunista y en vista de su propia elección ha asumido una actitud de defensa y de asistencia a Vietnam del Sur contra lo que él consideraba una invasión norvietnamita... Es un absurdo pensar que este presidente pueda rendirse a Hanoi. ¿Y por qué tendría que rendirse precisamente ahora? Lo que hemos hecho no ha sido rendirnos. Ha sido dar a Vietnam del Sur una oportunidad de sobrevivir en condiciones que son, hoy, más políticas que militares. Ahora les toca a los sudvietnamitas vencer la competencia política que les espera. Es lo que hemos dicho siempre. Si compara el acuerdo aceptado con nuestras propuestas del 8 de mayo se dará cuenta de que se trata casi de lo mismo. No hay grandes diferencias entre lo que propusimos el pasado mayo y lo que, esquemáticamente, contiene el acuerdo aceptado. No hemos incluido nuevas cláusulas, no hemos hecho nuevas concesiones. Rechazo total y absolutamente la opinión de

la «rendición». Y ahora, basta de hablar del Vietnam. Hablemos de Maquiavelo, de Cicerón, de todo menos del Vietnam.

Hablemos de la guerra, doctor Kissinger. Usted no es pacifista, ¿verdad?

No, no creo serlo. Aunque respete a los pacifistas genuinos, no estoy de acuerdo con ningún pacifista y en especial con los pacifistas a medias: los que aceptan la guerra por una parte y son pacifistas por la otra. Los únicos pacifistas con los que acepto hablar son los que soportan hasta el final las consecuencias de la no violencia. Pero incluso con éstos hablo sólo para decirles que serán aplastados por la voluntad de los más fuertes y que su pacifismo sólo los conducirá a horribles sufrimientos. La guerra no es una abstracción, es algo que depende de las condiciones. La guerra contra Hitler, por ejemplo, era necesaria. Lo que no quiere decir que la guerra sea necesaria de por sí, que las naciones deban hacerla para mantener su virilidad. Quiero decir que existen principios por los cuales las naciones deben estar preparadas para combatir.

Y de la guerra del Vietnam, ¿qué tiene que decirme, doctor Kissinger? Usted no ha estado nunca contra la guerra del Vietnam, me parece.

¿Cómo podría estarlo? Ni siquiera lo estuve antes de ocupar mi posición actual... No, no he estado nunca contra la guerra del Vietnam.

¿Y no cree que Schiesinger tiene razón cuando dice que la guerra del Vietnam sólo ha conseguido probar que medio millón de norteamericanos con toda su tecnología no han sido capaces de derrotar a hombres mal armados y vestidos con un pijama negro?

Éste es otro problema. Si es un problema que la guerra del Vietnam haya sido necesaria, justa, antes que... Las opiniones de este estilo dependen de la posición que cada uno adopta cuando su país está ya metido en la guerra y no hay más que pensar en la manera de sacarlo de ella. Después de todo, mi papel, nuestro papel, ha sido el de reducir en lo posible el grado de compromiso de Norteamérica en la guerra y, más tarde, el de terminar la guerra. En último caso será la historia la que diga quién hizo más: los que sólo han colaborado

criticando, o los que hemos intentado limitar la guerra y hemos acabado por liquidarla. Sí, el juicio lo hará la posteridad. Cuando un país está involucrado en una guerra no basta decir: hay que terminarla. Hay que terminarla con criterio. Otra cosa sería decir que fue justo intervenir en ella.

Pero ¿no tiene la impresión, doctor Kissinger, de que ésta ha sido una guerra inútil?

En esto puedo estar de acuerdo. Pero no olvidemos que la razón por la que entramos en la guerra fue impedir que el Norte se comiera al Sur, para permitir que el Sur siguiera siendo el Sur. Naturalmente, no quiero decir que nuestro objetivo fuese sólo éste... Fue algo más... Pero hoy no estoy en la posición adecuada para juzgar si la guerra del Vietnam ha sido justa o no, si entrar en ella ha sido útil o inútil. Pero ¿estamos aún hablando del Vietnam?

Sí. Y, sin dejar de hablar del Vietnam, ¿considera que estas negociaciones han sido y son la empresa más importante de su carrera y, tal vez, de su vida?

Han sido la empresa más difícil. A menudo también la más dolorosa. Pero tampoco creo justo definirla como la empresa más difícil: es más exacto decir que es la empresa más dolorosa. Porque me ha afectado emocionalmente. Acercarse a China ha sido una empresa intelectualmente difícil pero no emocionalmente. La paz del Vietnam, sin embargo, ha sido una empresa emocionalmente difícil. En cuanto a definir estas negociaciones como la cosa más importante que he hecho... No, lo que yo quería conseguir no era sólo la paz de Vietnam: eran tres cosas. Este acuerdo, el acercamiento a China y unas nuevas relaciones con la Unión Soviética. Siempre me ha interesado especialmente el problema de una nueva relación con la Unión Soviética. Yo diría que en el mismo grado que el acercamiento a China y el fin de la guerra del Vietnam.

Y lo ha conseguido. Ha tenido éxito el asunto de China, ha tenido éxito el asunto de Rusia y esta a punto de alcanzar el éxito en la paz del Vietnam. Y en este punto le pregunto, doctor Kissinger, lo mismo que les pregunté a los astronautas cuando andaban por la Luna: «What after that? ¿Que hará después de la Luna, qué cosa más se puede hacer después del oficio de astronauta?».

¿Y qué contestaron los astronautas?

Quedaron confundidos y contestaron: «Veremos... No sé...».

Yo también digo esto. Realmente no sé qué haré después. Pero, al revés que los astronautas, no me siento confundido. En mi vida he encontrado siempre muchas cosas que hacer y estoy seguro de que cuando haya dejado este puesto... Naturalmente, necesitaré un período de recuperación, de relajamiento; no se puede estar en la posición en que estoy, abandonarla y empezar inmediatamente cualquier otra cosa. Pero, una vez relajado, estoy seguro de encontrar otra actividad que valga la pena. No quiero pensar en esto ahora; influiría en mi... mi trabajo. Atravesamos un período tan revolucionario que planificar la propia vida, hoy, es una actitud de pequeño burgués del ochocientos.

¿Volverá a enseñar en Harvard?

Tal vez. Pero es muy, muy improbable. Hay cosas mucho más interesantes; y si con toda la experiencia que he tenido no encontrase la manera de mantener para mí una vida interesante..., desde luego, será culpa mía. Por lo demás, no he decidido aún dejar este trabajo. Me gusta mucho, ¿sabe?

Cierto. El poder siempre seduce. Doctor Kissinger, ¿en qué medida le fascina el poder? Intente ser sincero.

Lo seré. Cuando se tiene el poder en la mano y cuando se tiene en la mano por mucho tiempo, se acaba por considerarlo como algo que nos incumbe. Estoy seguro de que cuando deje este puesto, notaré la falta del poder. Sin embargo, el poder como fin en sí mismo, el poder por el poder, no me fascina en absoluto. No me despierto cada mañana diciendo: ¡Cielos!, ¿no es extraordinario que pueda tener a mi disposición un avión, que un automóvil con chófer me espere ante la puerta? ¿Quién lo hubiera creído posible? No, una elucubración como ésa no me interesa. Y, si llego a hacerla, no es un elemento determinante. Lo que me interesa es lo que se pueda hacer con el poder. Se pueden hacer cosas espléndidas, créame... De todos modos, no ha sido el afán de poder lo que me ha empujado a este trabajo. Si examina mi pasado político, descubrirá que el presidente Nixon no

podía entrar en mis planes. Piense que he estado en contra de él por lo menos en tres elecciones.

Lo sé. Incluso una vez declaró que Nixon «no se adaptaría al papel de presidente». ¿Alguna vez se siente incómodo ante Nixon por esta declaración, doctor Kissinger?

No recuerdo las palabras exactas que pueda haber pronunciado contra Richard Nixon. Pero supongo que debí expresarme más o menos de ese modo desde el momento en que se sigue repitiendo esta frase entre comillas. Sin embargo, si lo he dicho, esto prueba que Nixon no formaba parte de mis planes para escalar el poder. En cuanto al hecho de sentirme molesto ante él... Yo no lo conocía en aquel tiempo. Mantenía respecto a él la actitud convencional de los intelectuales, ¿me explico? Estaba equivocado. El presidente Nixon ha demostrado una gran fortaleza y una gran habilidad. Incluso en el hecho de llamarme. No estaba en su círculo cuando me ofreció este trabajo. Quedé aturdido. Al fin y al cabo, él conocía la escasa amistad y la poca simpatía que siempre le había demostrado. Sí, dio pruebas de gran valor al llamarme.

No nos pilla de sorpresa. Salvo en que la acusación se vuelve hoy contra usted: ser la nodriza mental de Nixon.

Es una acusación totalmente falta de sentido. No olvidemos que, antes de conocerme, el presidente Nixon intervino activamente en política exterior. Éste ha sido siempre su principal interés. Ya antes de ser elegido, se resaltaba que la política exterior era para él una cuestión importantísima. Tiene ideas muy claras al respecto. Y es un hombre fuerte. Además, no se convierte uno en presidente de los Estados Unidos, no se es nombrado dos veces candidato presidencial, no se sobrevive tanto tiempo en el mundo político, si se es un hombre débil. Del presidente Nixon puede usted pensar lo que quiera, pero una cosa es cierta: no se llega a presidente dos veces porque se sea instrumento de otra persona. Estas interpretaciones son románticas e injustas.

¿Le tiene usted mucho afecto, doctor Kissinger?

Le tengo un gran respeto.

Doctor Kissinger, la gente dice que a usted no le importa nada Nixon. Dicen que usted se limita a hacer su oficio y nada más. Que lo hubiera hecho con cualquier presidente.

Yo, sin embargo, no estoy nada seguro de que con otro presidente hubiera podido hacer lo que he hecho con él. Una relación tan especial, me refiero a la que existe entre el presidente y yo, depende siempre del estilo de los dos hombres. En otras palabras: no conozco a muchos líderes, y he conocido a muchos, que tuvieran el valor de enviar a su asistente a Pekín sin decírselo a nadie. No conozco a muchos líderes que dejaran a su asistente la tarea de negociar con los norvietnamitas, e informar sobre ello sólo a un limitadísimo número de personas. Cierto, algunas cosas dependen del tipo de presidente. Lo que yo he hecho ha sido posible porque él me lo ha hecho posible.

No obstante, usted fue también consejero de otros presidentes. Incluso de presidentes adversarios. Hablo de Kennedy, Johnson...

Mi posición respecto a todos los presidentes ha sido la de dejar a su elección si querían o no querían conocer mis puntos de vista. Cuando me los preguntaban, se los exponía, diciendo a todos, indiscriminadamente, lo que pensaba. Nunca me ha importado el partido al que pertenecieran. He contestado con idéntica independencia a las preguntas de Kennedy, de Johnson, de Nixon. Les he dado los mismos consejos. Con Kennedy fue más difícil, es cierto. Se dice que yo no estaba demasiado de acuerdo con él. Bien..., sí; sustancialmente fue culpa mía. En aquellos tiempos era, desde luego, mucho más inmaduro que ahora. Y, además, era un consejero a ratos perdidos; no se puede influir en la política diaria de un presidente si se lo ve dos veces por semana cuando los demás lo ven siete. Quiero decir... que con Kennedy o con Johnson no estuve nunca en una posición semejante a la que ocupó con Nixon.

¿Ningún asomo de maquiavelismo, doctor Kissinger?

Ninguno. ¿Por qué?

Porque en algunos momentos, oyéndole, me he preguntado no cuánto ha influido usted en los presidentes de los Estados Unidos, sino cuánto ha influido en usted Maquiavelo.

En ningún modo. En el mundo contemporáneo es muy poco lo que se puede aceptar o usar de Maquiavelo. En Maquiavelo, sólo encuentro interesante el modo de considerar la voluntad del príncipe. Interesante, pero no hasta el extremo de influirme. Si quiere saber quién ha influido en mí principalmente, le responderé con el nombre de dos filósofos: Spinoza y Kant. Es curioso que a usted se le ocurra asociarme a Maquiavelo. La gente, comúnmente, asocia mi nombre al de Metternich. Lo que, desde luego, es infantil. Sobre Metternich no he escrito más que un libro que tenía que ser el primero de una extensa serie sobre la construcción y la desintegración del orden internacional en el siglo XIX. Era una serie que terminaría en la Primera Guerra Mundial. Esto es todo. No puede haber nada en común entre Metternich y yo. Él era canciller y ministro de Asuntos Exteriores en un período en el que, desde el centro de Europa, se necesitaban tres semanas para ir de un continente al otro. Era canciller y ministro de Asuntos Exteriores en un período en el que las guerras las hacían los militares de profesión, y la diplomacia estaba en manos de los aristócratas. ¿Cómo se puede comparar esto con el mundo de hoy, un mundo donde no existe ningún grupo homogéneo de líderes, ninguna situación interna homogénea, ninguna realidad cultural homogénea?

Doctor Kissinger, ¿cómo explica entonces el increíble divismo que lo distingue, cómo explica el hecho de ser casi más famoso y popular que un presidente? ¿Tiene una explicación para este asunto?

Sí, pero no se la daré. Porque no coincide con la tesis de la mayoría. La tesis de la inteligencia, por ejemplo. La inteligencia no es tan importante en el ejercicio del poder, y a menudo, desde luego, no sirve. Al igual que un jefe de Estado, un tipo que haga mi trabajo no tiene necesidad de ser demasiado inteligente. Mi tesis es completamente

distinta, pero, repito, no se la diré. ¿Por qué tendría que hacerlo si estoy a la mitad de mi trabajo? Mejor es que me diga la suya. Estoy seguro de que también usted tiene una tesis sobre los motivos de mi popularidad.

No estoy segura, doctor Kissinger. La estoy buscando a lo largo de esta entrevista y no la encuentro. Supongo que en la raíz de todo está el éxito. Quiero decir que, como a un jugador de ajedrez le han salido bien dos o tres jugadas. China sobre todo. A la gente le gusta el jugador de ajedrez que se come al rey.

Sí, China ha sido un elemento muy importante en la mecánica de mi éxito. Y, a pesar de ello, no es ésta la razón principal. La razón principal... Sí, se la diré. ¿Qué importa? La razón principal nace del hecho de haber actuado siempre solo. Esto les gusta mucho a los norteamericanos. Les gusta el cowboy que avanza solo sobre su caballo, el cowboy que entra solo en la ciudad, en el poblado, con su caballo y nada más. Tal vez sin revólver, porque no dispara. Él actúa y basta; llega al lugar oportuno en el momento oportuno. Total, un western.

Comprendo. Usted se ve como un Henry Fonda desarmado y dispuesto a pelear por honestos ideales. Solitario, valeroso...

Lo del valor no es necesario. De hecho, a este cowboy no le sirve de nada ser valeroso. Le basta y le sirve estar solo: demostrar a los demás que entra en la ciudad y se las arregla solo. Este personaje romántico, asombroso, se parece a mí porque estar solo ha formado siempre parte de mi estilo o, si lo prefiere, de mi técnica. Junto con la independencia, que es muy importante en mí y para mí. Y, por último, la convicción. Estoy siempre convencido de que lo que hago es lo que tengo que hacer. Y la gente lo siente, lo cree. Y yo espero que me crea: cuando se conmueve o se conquista a alguien no se lo debe engañar. No se puede sólo calcular y nada más. Algunos creen que yo proyecto cuidadosamente cuáles serán, de cara al público, las consecuencias de una iniciativa o de una empresa mía. Creen que no puedo quitarme de la cabeza esta preocupación. Sin embargo, las consecuencias de lo que hago, me refiero al juicio del público, no me han atormentado nunca. No he pedido la popularidad, no la busco.

Incluso, por si le interesa, no me importa nada la popularidad. No me da ni pizca de miedo el perder a mi público; puedo permitirme decir lo que pienso. Estoy aludiendo a la sinceridad que hay en mí. Si me dejase impresionar por las reacciones del público, si avanzase impulsado sólo por una técnica calculada, no haría nada. Fíjese en los actores: los que son realmente buenos no se sirven sólo de la técnica. Actúan siguiendo una técnica y al mismo tiempo, su convicción. Son sinceros, como yo. No digo que todo esto tenga que durar siempre. Incluso se puede evaporar con la misma facilidad con que ha llegado. Pero, por ahora, existe.

¿Está diciéndome quizá que usted es un hombre espontáneo, doctor Kissinger? Si dejo aparte a Maquiavelo, el primer personaje con quien se me ocurre asociarle es con el de un matemático frío, controlado hasta el espasmo. Quizá me equivoque, pero usted es un hombre muy frío.

En la táctica, no en la estrategia. De hecho, creo más en las relaciones humanas que en las ideas. Utilizo las ideas, pero necesito las relaciones humanas, como he demostrado en mi trabajo. Lo que me ha sucedido, ¿no ha sido, en el fondo, por casualidad? Yo era un profesor totalmente desconocido. ¿Cómo podía decirme a mí mismo: «Ahora maniobraré las cosas de tal modo que llegaré a ser internacionalmente famoso»? Hubiera sido una locura. Quiero estar donde suceden las cosas, pero nunca he pagado nada para estar allí. Jamás he hecho concesiones. Siempre me he dejado guiar por decisiones espontáneas. Alguien podría decir: entonces todo ha sucedido porque tenía que suceder. Se dice siempre esto cuando las cosas ocurren. Pero nunca se dice esto de las cosas que no ocurren: nunca se ha escrito la historia de las cosas que no ocurrieron. En cierto sentido soy fatalista. Creo en el destino. Estoy convencido, sí, que hay que luchar para lograr algo. Pero también creo que estamos limitados en la lucha por conseguirlo.

Otra cosa, doctor Kissinger: ¿cómo se las arregla para conciliar la tremenda responsabilidad que tiene y la frívola reputación de que disfruta? ¿Cómo consigue que lo tomen en serio Mao Tse-tung, Chu En-lai, Le Duc Tho, y luego se lo juzgue como un despreocupado tenorio, o mejor dicho, un playboy? ¿No le molesta?

En absoluto. ¿Por qué tiene que molestarme cuando voy a negociar con Le Duc Tho? Cuando hablo con Le Duc Tho sé lo que tengo que hacer con Le Duc Tho, y cuando hablo con las chicas sé lo que tengo que hacer con las chicas. Y, por otra parte, Le Duc Tho no negocia conmigo precisamente porque yo sea un ejemplo de pura rectitud. Acepta negociar conmigo porque espera alguna cosa de mí, de la misma manera en que yo espero algo de él. Verá usted, en el caso de Le Duc Tho, como en el caso de Chu En-lai o de Mao Tse-tung, creo que la reputación de playboy me ha sido y me será útil, porque ha servido y sirve para tranquilizar a la gente. Para demostrarle que no soy una pieza de museo. Y, además, la reputación de frívolo me divierte.

¿Y pensar que yo la consideraba una reputación inmerecida, una especie de puesta en escena más que una verdad!

Bueno, en parte es exagerada, por supuesto. Pero en parte, admítámoslo, es cierta. Lo que importa no es hasta qué punto es cierta o hasta qué punto me dedico a las mujeres. Lo que cuenta es hasta qué punto las mujeres forman parte de mi vida, son una preocupación central. Pues bien, no lo son en absoluto. Para mí las mujeres son sólo una diversión, un hobby. Nadie dedica un tiempo excesivo a los hobbies. Y que yo les dedique un tiempo limitado se comprende dando un vistazo a mi agenda. Le diré más: no es raro que prefiera ver a mis dos hijos. Los veo a menudo, pero no como antes. Normalmente pasamos juntos la Navidad, las fiestas importantes, algunas semanas en verano, y voy a Boston una vez al mes. Para verlos. Ya sabe que estoy divorciado hace años. No, el hecho de estar divorciado no me pesa. El hecho de no vivir con mis hijos no me produce complejo de culpabilidad. Desde el momento en que mi matrimonio terminó, y no terminó por culpa de uno o del otro, no había razón para renunciar al divorcio. Además, estoy mucho más cerca de mis hijos que cuando era el marido de su madre. Incluso soy más feliz con ellos ahora.

¿Está usted contra el matrimonio, doctor Kissinger?

No. Lo del matrimonio o no matrimonio es un dilema que puede resolverse como cuestión de principio. Podría suceder que volviera a

casarme... sí que podría suceder. Pero verá usted: cuando se es una persona seria, como yo, convivir con otra persona y sobrevivir a esta convivencia, es muy difícil. Las relaciones entre una mujer y un tipo como yo son inevitablemente muy complejas... Hay que andar con cuidado. Me resulta difícil explicar estas cosas. No soy una persona que se confíe a los periodistas.

Comprendo, doctor Kissinger. Nunca he entrevistado a nadie que sortease como usted las preguntas y las definiciones exactas, nadie que se defendiese como usted ante la tentativa de penetrar en su personalidad. ¿Es tímido, doctor Kissinger?

Sí. Bastante. Pero, en compensación, creo ser equilibrado. Hay quien me pinta como un personaje atormentado, misterioso, y quien me pinta como un tipo casi alegre que sonrío siempre, que río siempre. Las dos imágenes son inexactas. No soy ni uno ni otro. Soy... No le diré qué soy. No se lo diré jamás a nadie.

Washington, noviembre 1972